

EL PROBLEMA DE LA VOCACION SACERDOTAL EN LA JUVENTUD UNIVERSITARIA *

Por *JUAN LANDÁZURI RICKETTS, O. F. M.*

La educación integral, tendiente al desarrollo armónico de todos los elementos constitutivos de la personalidad humana, debe tener, como base esencial e imprescindible, el factor religioso, ya que sin él, la formación del entendimiento y de la voluntad resultará incompleta e insuficiente.

La Religión Católica que no es una abstracción, ni un complejo de puras relaciones conceptuales, sino un conjunto de verdades de la razón y no menos del corazón, iluminadas y completadas por la doctrina revelada, es absolutamente insustituible en todo plan verdaderamente educacional. Existiendo relaciones íntimas e innegables entre la Religión y la sólida formación integral de la juventud, y siendo el sacerdocio, por otra parte, como el resultado y el exponente de una completa educación, se sigue que, todo problema referente al sacerdocio atañe también a la educación y, recíprocamente, la bondad y eficacia de ésta se manifestarán en el número y calidad de los sacerdotes.

Ahora bien, la penuria inquietante de clero por la que atraviesa hoy en día el mundo en general, pero, de una manera especial nuestra República, constituye un problema fundamental para la Iglesia en el Perú y para la misma Nación. Revela, de un modo claro, el estado de quiebra de los valores espirituales de nuestra sociedad. La escasez y deficiencia de los sacerdotes tiene una importancia inmensa, porque en países como el nuestro, donde el sen-

(*) Cuarta conferencia del ciclo organizado por la Acción Católica Peruana, dada en el local del Colegio de la Inmaculada el lunes 28 de setiembre de 1942.

timiento religioso tiene gran raigambre, el estado floreciente de la Iglesia redundará, de inmediato, en bienestar, progreso y cultura general de la Nación.

Tal vez aquí podría aducirse que, si realmente existe la mengua y desvalorización de los principios éticos y religiosos, es debido precisamente a esa falta de cultores espirituales. Sin negar que existan otros factores muy relacionados con este complejo problema, y sin incurrir en una petición de principio, al querer probar la falta de sacerdotes por la descristianización de los pueblos y esa misma descristianización por la falta de sacerdotes, se puede afirmar que, originariamente, el mal está en el cumplimiento deficiente de las obligaciones religioso-morales de la familia producido por una desviación en masa de todo criterio cristiano y una educación definidamente orientada hacia fines puramente egoístas y materiales, de donde provienen costumbres paganas, sentimientos laicos y superficialismo religioso.

No hay duda que el problema de la escasez de clero tiene vastas proyecciones en orden a cuestiones de vital importancia y justifica plenamente la extraordinaria atención que ha merecido el asunto, y el grandísimo interés que manifiestan por su pronta resolución nuestros Prelados y Superiores eclesiásticos, así como también los poderes civiles.

Y comenzando por nuestro Santo Padre el Papa Pío XII, profundamente preocupado por la falta de operarios evangélicos y deseando estimular las vocaciones sacerdotales, mediante un "Motu proprio", ha declarado constituida en la Sagrada Congregación de Seminarios y estudios en las Universidades la "Obra para Vocaciones Sacerdotales", a la que ha decorado con el título de Pontificia y con facultad de coordinar las actividades, tanto colectivas como individuales, que se encaminen a dicho fin.

Conocidos son también, al respecto, los deseos de la Santa Sede manifestados en dos cartas dirigidas al V. Episcopado Nacional y a la Acción Católica por el Emmo. Cardenal Pizzardo; la entusiasta e inteligente labor del Excmo. Señor Nuncio Apostólico en el Perú, iniciador y propulsor de "Jornada Sacerdotal", obra providencial y destinada a dar copiosos frutos de bendición. Igualmente, es de todos conocida y apreciada la celosa y eficaz acción de nuestro dignísimo Metropolitano y de los demás Sres. Obispos

de la Provincia Eclesiástica del Perú, el magnífico apostolado de la Acción Católica y de las distintas Obras Vocacionales, todo lo cual se va ya cristalizando en un resurgir de esperanza y una promesa, para el futuro, de halagüeñas realidades.

No menos se preocupa de tan interesante problema el actual Jefe del Estado, estadista conocedor de los verdaderos intereses de la Patria, quien, en declaración oficial, expresaba que una de sus principales preocupaciones de gobernante, era colocar al sacerdocio peruano en el elevado nivel que le corresponde, mediante su decidido apoyo moral y material. (1)

La actualidad e importancia del problema sacerdotal es a todas luces manifiesto; empero, tiene una modalidad especial en la que se manifiesta aún más agudamente, si cabe, la crisis general. Esto es, la escasísima proporción de sacerdotes en función con la juventud intelectual, la juventud universitaria, la que podría constituir una nota de luz y un aliento de fe, en medio de un mundo tenebroso y empobrecido por falta de ideales. Nuestra juventud universitaria, preocupada intensamente en el noble afán de la investigación científica, de adentrar profundamente en las diversas ramas del saber humano; quizás con alguna frecuencia entretenida en una frívola superficialidad a consecuencia de un desparramamiento de energías en múltiples actividades, no siempre relacionadas con el estudio, no medita, en general, los grandes problemas del espíritu; no siente la inquietud religiosa, y porque no la siente, no reacciona en modo alguno frente a ella.

Esta tarde trataré, pues, de estudiar, con sencillez de franciscano y convencimiento de sacerdote, los diversos aspectos de una vocación al sacerdocio salida de las filas de los que se dedican a estudios superiores; los problemas que se le pueden presentar y cómo han de resolverse. Pero, antes, como introducción necesaria, debemos definir y deslindar los campos de la llamada "Vocación sacerdotal".

El concepto de la palabra "vocación", en la actualidad tan generalizada y comunmente usada, aun en ciencias que tienen finalidad distinta de la Teología, como son la Psicología Experimental, la Pedagogía y la Psicotecnia, procede etimológicamente del nom-

(1).—Mensaje leído ante el Congreso el día 28 de julio de 1940.

bre verbal latino "vocatio", el cual, a su vez, se deriva del verbo "vocare" cuyo significado es llamar a otro, hacer venir o convocar.

"Vocación", por consiguiente, y atendiendo a la procedencia, señala el acto por el que, un sujeto cualquiera llama a otro para manifestarle un deseo. En nuestro caso es un llamamiento hecho por Dios a la criatura racional y libre para que ésta abrace aquel estado o género de vida que es más conveniente para la realización del fin supremo, o sea la mayor gloria de Dios y la felicidad eterna del hombre.

En efecto, la fe nos enseña, iluminando a la razón y haciéndonos evitar los errores de un confuso panteísmo o de un arbitrario deísmo o de fantásticas teogonías, que Dios personal, infinitamente sabio y poderoso gobierna el mundo y de una manera particular, al hombre. La creación pide la acción de la Providencia Divina en todo orden, sea natural o sobrenatural. Luego, y exceptuando la vocación sacerdotal, en la cual hay, al menos externamente, un llamamiento formal de parte del Obispo, los demás estados o vocaciones serán manifestados al hombre para que los abrace, según el llamamiento que hacen conjuntamente la naturaleza con su elemento dispositivo y la gracia que se acomoda a aquella, sobrenaturalizándola.

En consecuencia, las disposiciones naturales, la decidida inclinación por un determinado oficio, arte o profesión, la facilidad o placer encontrados en el ejercicio de una actividad, serán los medios ordinarios de que se vale la Providencia para mostrar al hombre el camino de su vida. Pero, como el fin del hombre, dentro de la economía divina, es sobrenatural, para acertar en la resolución del problema vocacional, mejor dicho, al tratar de despejar la incógnita del problema de la vocación individual, la fe y la gracia, tienen de consuno, la parte principal en este complejo y delicado asunto. Aquella, iluminando con el resplandor de las verdades eternas el entendimiento, ésta insinuando y ayudando a la voluntad humana para que abrace y secunde a la divina. No es, pues, la vocación en general, sólo una simple inclinación o aptitud, por más que sea decidida, a ciertos estados o funciones, sagrados o profanos. "No es tampoco una idea limitada al orden puramente espiritual y ascético. La vocación presupone una idea mucho más

elevada y trascendental. Incluye un grandioso concepto filosófico-cristiano que se relaciona con la más altas verdades de la filosofía y los más importantes dogmas teológicos. Es un concepto que supone la verdadera doctrina sobre la Providencia de Dios, el orden físico universal y el orden moral, y en éste, el destino de los seres racionales sin menoscabo de su actividad y libertad, lo que tiene intrínseca relación con las profundas e insondables verdades de la justificación y predestinación".

Estudiando de una manera particular lo que es una vocación sacerdotal, conviene advertir que la Providencia Divina, que todo lo dispone sabiamente, tiene parte principalísima en proveer eficazmente para que su Iglesia nunca carezca del Sacrificio Eucarístico, y por consiguiente, de sacerdotes que puedan ofrecerlo. (2) Por lo cual, como dice acertadamente el notable canonista P. Vermeersch, "no puede dudarse que muchos sujetos reciben gracias eficaces para abrazar el estado sacerdotal y ejercerlo santamente". (3) Muchas, muchísimas veces, es una realidad tangible en la Iglesia de Cristo, ese conjunto de manifestaciones que, teniendo un origen sobrenatural, afectan a un individuo en las aspiraciones de su alma, los sentimientos de su corazón y que aun comprenden sus disposiciones naturales y animicas, llamándole, fuerte o suavemente, a la realización de un ideal trascendente y sobrenatural.

El concepto generalísimo de la palabra vocación y que en muchos casos se confunde con la hoy llamada "Orientación profesional", tiene su cabal y estricta significación teológica en el llamamiento de parte de Dios a un estado de vida más excelso que los demás, como son el estado religioso y el sacerdotal.

Con relación al estado sacerdotal se distinguen dos clases de vocación: una interna y otra externa. La interna consiste en ese designio de Dios por el cual elige a uno, de en medio del pueblo cristiano, y le invita a abrazar el sacerdocio, concediéndole las gracias necesarias y eficaces que necesita. Decía Jesucristo a sus apóstoles y en ellos a los sacerdotes: "Non vos me elegistis, sed

(2).—A. Vermeersch "De vocatione religiosa et sacerdotali" (Brugis. Beyaert. 1903), p. 40.

(3).—Épit. Iuris Canonici, T. II, N.º 242.

Ego elegi vos" (4), no me elegisteis vosotros a mí, sino yo a vosotros. El cultivo y fomento de la vocación interna está recomendado por el cánón 1353 del Derecho Canónico.

La vocación externa es el llamamiento que hace el Obispo, en nombre de Dios, al ordenando, quedando de esta manera confirmada su elección con "voluntad consiguiente de beneplácito divino" (5), como la llaman los teólogos.

Antes de que el Obispo proceda a esta vocación externa, debe constarle la idoneidad canónica del candidato (6), probada con argumentos positivos y consistente "en una probidad de vida y suficiencia de doctrina y en aquellas dotes de naturaleza y gracia que hagan abrigar fundadas esperanzas de que desempeñará los cargos y observará sus obligaciones santamente" (7). Ya San Pablo recomendaba a Timoteo: "manus cito nemini imposueris" (8), no impongas las manos de ligero sobre alguno. A esta vocación externa se aplican también las palabras del Apóstol: "Nec quisquam sumit sibi honorem, sed qui vocatur a Deo tanquam Aaron" (9), nadie se apropie esta dignidad del sacerdocio, sino el llamado como Aaron, y según el Catecismo Romano (10), ser llamado como Aaron es ser llamado por los legítimos ministros de la Iglesia.

No deja de ofrecer alguna dificultad la recta inteligencia de lo que es la verdadera vocación interna, dando origen, algunas veces, a conceptos equivocados. Y así, es un error bastante común y frecuente creer que para tener vocación sacerdotal, y lo mismo podríamos decir de la religiosa, se necesita poco menos que un ángel baje del cielo y se lo indique a uno; o el experimentar un particular aviso del cielo para que se haga sacerdote o religioso. La doctrina de la Iglesia, al respecto, es clara y terminante. Cuando el canónigo José Lahitton publicó su famosa obra "La vocación sacerdotal", Su Santidad Pío X confirmó plenamente el dictamen de una comisión de Cardenales nombrados para examinar la doc-

(4).—Ioan. XV. 16.

(5).—Vermeersch Epit. Iuris Can. T. II N^o 242.

(6).—cfr. cánón 973. 3.

(7).—Enc. "Ad Catholici sacerdotii".

(8).—I Tim. V. 22.

(9).—Heb. V. 4.

(10).—pr. 2. c. 7. q. 3.

trina del citado libro, decisión que aprobó en general la doctrina expuesta, alabándola expresamente en tres puntos: "a), nadie tiene derecho a exigir ser ordenado. b), la vocación sacerdotal no consiste de necesidad y ordinariamente en cierta particular moción interna o invitación del Espíritu Santo, y c), en el que ha de ser ordenado no se requiere otra cosa que recta intención e idoneidad competente. (11)

Igual doctrina nos enseña el Papa Pío XI en su inmortal Encíclica sobre el sacerdocio. "La vocación sacerdotal, nos dice, más que en un sentimiento del corazón o atractivo sensible que a veces puede faltar o dejar de sentirse, se revela en la rectitud de intención, unida a aquel conjunto de dotes físicas, intelectuales y morales que le hacen idóneo para tal estado". Esa recta intención fundada, en nobles motivos y esa voluntad decidida de consagrarse a Dios, son resultado de la gracia divina, gracia que le ayudará a poner en práctica sus buenos deseos y que nunca le será negada. (12)

De lo expuesto podemos deducir cuáles son las señales principales de vocación divina al sacerdocio (13). En primer lugar, recta intención, porque quien en su propósito de aspirar al sacerdocio no tiene altura de miras y celo por la gloria de Dios y el bien de las almas, ese tal no es para la porción escogida de la Viña del Señor. La vocación, dispensando la frase, "no es asunto del estómago sino del corazón", y como poco ha escribía el P. Mateo Crawley (14): "el que es llamado al sacerdocio es solemnemente llamado a la santidad puesto que debe ser con toda verdad otro Cristo, y no contentarse con ser un simple funcionario eclesiástico, un hijo de vecino con sotana"... y nada más.

La segunda señal de vocación sacerdotal será que el sujeto tenga probidad de vida "ordines sacri praexigunt sanctitatem". El que no tiene virtud probada aspira con gran daño propio y detrimento de la Iglesia a recibir las órdenes (15). La selección del

(11).—AAS. IV. 485.

(12).—A. Vermeersch "De religiosis Institutis et personis", (Brugis, Beyaert 1907), T. I p. 82. cfr. etiam Per VI, p. 262.

(13).—Ligorio Theol. mor. T. VII. No 802.

(14).—"Renovabis", mayo-junio 1942.

(15).—Suppl. 3 q. 36, art. 1.

clero bajo este aspecto debe ser muy cuidadosa porque como ya lo exigía el Decreto de Graciano (16), y después el Concilio Ecu­ménico Lateranense IV (17) y últimamente el Concilio Plenario de la América Latina citando a Benedicto XIV, "melius profecto est pauciores habere ministros, sed probos, sed idoneos atque utiles: quam plures qui in aedificationem corporis Christi, quod est Ecclesia, nequidquam sint valituri". (18) Es mejor tener pocos minis­tros, pero probos, idóneos y útiles, que no muchos que nada valgan para la edificación del Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia. Quienes deben ser "la luz del mundo y la sal de la tierra" deben ser hombres de conducta intachable y de virtud comprobada y aquí tiene aplicación la doctrina del Pseudo Areopagita, que ha pasado a ser un aforismo de orden moral: "Bonum ex integra causa, malum ex quocumque defectu". Basta cualquier defecto para obscu­recer, por lo menos, la santidad sacerdotal. Con todo, si el candi­dato vivió algún tiempo alejado de la virtud, aún más, si sus días transcurrieron en la vanidad y el pecado, pero ya se ha enmendado y da sólida garantía de perseverancia, puede licitamente ser orde­nado. Como muy bien dice el Cardenal Manning: "hay dos cla­ses de hombres a quienes llama Jesucristo a ser sus sacerdotes: los inocentes y los penitentes. Llegan al altar por caminos diversos, pero se encuentran ante él en un alma y corazón conformados se­gún la perfección del Sumo Sacerdote". (19)

La tercera señal de vocación sacerdotal será la ciencia con­veniente que se necesita para tan alto estado. Decía Pío X: "Si en el Antiguo Testamento no quería el Señor sacerdotes ignoran­tes, (Mal. 2.7.), mucho menos quiere que los haya en la nueva Ley; si entonces eran repudiados los que rechazaban la ciencia, (Oseas, IV. 6), mucho más indignos son para el sacerdocio cristia­no los que, o por falta de talento o por escasa voluntad de estudiar,

(16).—c. 4, D XXIII.

(17).—Conc. Letrán, cap. 27, cfr. Acta Conc. L. Hardain t. VII, 42. Parisiis 1715.

(18).—Tit. V, N.º 579. Romae, Typis Vaticanis 1900, cfr. etiam S. Buenaven­tura IV Sent. d. 24, cap. III, Sto. Tomás IV. Sent. art. III sol. IV.

(19).—"El Sacerdocio Eterno", Barcelona 1889, p. 46.

no se sienten en el caso de aplicarse con todo empeño a la adquisición de la ciencia necesaria". (20)

No deben descuidarse tampoco las condiciones referentes a la salud corporal. El que tiene algunos indicios o síndrome de futuros males, el que tiene señales de Psicosis, debe considerarse como inepto para el estado sacerdotal. Ya el Papa Martín I, entre los años 649 y 655, suponía que era de rigor la práctica de admitir a las órdenes sagradas únicamente a aquellos que estuvieran libres de defectos corporales o mentales "quibus nulla ruga mulumque vitae contagium mentes et corpora praepediat". (21)

Aclarado y determinado el concepto de lo que es la vocación en general y la sacerdotal en particular, demos una mirada, aunque somera, a la actividad estudiantil, antes de examinar los problemas derivados de la vocación sacerdotal en un joven universitario.

Una de las características más sobresalientes de nuestra época, la constituye la actividad intensa, normando la vida de nuestra generación con un ritmo acelerado y un marcado tinte de frivolidad e inconsistencia en el orden espiritual. El extraordinario y exclusivo afán de bienestar y progreso material han enervado la energía espiritual. Y el estudiante que llevado de un anhelo de completo bienestar económico; el que, por alcanzar un grado profesional cualquiera, consagra a ello intensamente todas sus energías, con prescindencia absoluta de un ideal que esté más allá de un diploma oficial y de una renta más o menos segura, éste no tiene tiempo ni humor ni disposición para meditar un poco siquiera en las aspiraciones del espíritu que emergen necesariamente de quien se detiene en la carrera de su agitada vida y piensa su pensamiento. ¿Cuál es mi fin como hombre racional?... ¿Satisfaré mis ansias de felicidad con bienes contingentes e inciertos? ¿Y qué pensar de un estado radicalmente distinto, cuando, por una ley ineludible lo presente para mí termine?... Cuestiones y preguntas que es preciso resolver de una u otra manera. El número de los que han organizado su vida poniendo como base de ella las cosas materiales y externas, la ilusión de un porvenir exclusivamente feliz

(20).—AAS. IV. 293.

(21).—P. I. Mg. t. 87. 136. cfr. etiam "Gregorianum" 1938, p. 408.

en lo humano, o como dice acertadamente Mons. Olgiati en frase gálica, viven "du dehors" (22), de lo de afuera, en la actualidad es muy grande. Para muchos los acontecimientos se suceden sin un nexo buscado con inteligencia, que unifique los diversos instantes de su vida de acuerdo con un ideal determinado. Transcurre su vida atomísticamente. ¡Y cuántos, por desgracia, llegan al fin de sus días sin darse cuenta del por qué de sus afanes e inquietudes, de sus placeres y alegrías!...

Como detrás de todo desorden y relajamiento moral existe un factor religioso, y como ese desorden y relajamiento es un hecho, podremos muy bien decir que el cristianismo de nuestra sociedad, en cierta proporción, es un cristianismo desfigurado, incomprendido, no sentido y vivido, sencillamente porque no es conocido.

La herejía de nuestro días es la ignorancia religiosa, con sus tristes consecuencias. Sin embargo de notarse al presente una consoladora reacción en este sentido, el desconocimiento religioso se manifiesta con particulares caracteres en los jóvenes que se dedican a estudios superiores. Algunos permanecen con las nociones que aprendieron para recibir los primeros sacramentos. Otros, aunque tuvieron una mayor instrucción en el Colegio, o no le dieron la importancia debida o ya no responde al grado de cultura general. De ahí que cuando frecuentan los claustros universitarios y en ese ambiente cultural hay alguna oposición religiosa suscitada por maestros o compañeros de otra formación ideológica, o de eruditos a la violeta "que blasfeman de lo que ignoran" (23), nuestros jóvenes no saben dar razón de su fe, analizando los fundamentos de la misma para evidenciar su armonía con todo fruto verdadero de la razón. "Son náufragos en el mar revuelto de las ideas modernas que no hallan una tabla salvadora a que asirse para discutir, para orientarse, para guiar a otros. Las ideas vagas que tienen débense al sentimiento religioso de sus familias, pero eso es muy deleznable, porque no es la Religión la base de las ideas filosóficas, sino al revés". (24) Nadie ama lo que no conoce y para tener un cristianismo efectivo, preciso es compenetrarse mediante el estudio, que el obsequio de nuestra fe es un "rationabile

(22).— "Silabario del Cristianismo", pag. 25.

(23).— Ep. Iacobi v. 10.

(24).— P. A. Ayala S. I. "Formación de Selectos". Bs. 1941, p. 115.

obsequium" (25). "Aún allá adentro en su interior, algunos se preguntarán en más de una ocasión, sobre todo cuando se trata de cumplir un deber religioso, si valdrá la pena de sacrificarse por una fe de la que apenas tienen un vago e incierto conocimiento". (26) La instrucción religiosa es necesaria para mantenerse firme en medio de un hedonismo, si no filosófico, al menos práctico. No a otra cosa debe atribuirse el espectáculo que proporcionan esos jóvenes con el alma cansada, sin ideal alguno en la vida, para los que sus años juveniles no tienen otra significación que la de emplearlos en una estéril frivolidad o en degradantes vulgaridades...

Ahora bien, con esa falta de criterio religioso, con esa mentalidad extraviada, fácilmente se comprenderá que la vocación sacerdotal, que supone generalmente una vida cristiana en todo el sentido de la palabra, que es como decíamos al principio, la síntesis y el fruto de una verdadera educación, es muy difícil que se dé y que pueda tener el debido desarrollo. Para que un joven dirija sus miradas al santuario se requiere que ya estime y comprenda el ideal de un sacrificio fecundo en lo espiritual, que sepa neutralizar el medio ambiente tan poco propicio, a fin de que pueda oír la voz de Dios que le hablará al corazón de mil maneras. En otros términos, ordinariamente, no hay vocación sacerdotal sin vida interior, sin generosidad, sin grandeza de alma.

Mas, como "spiritus ubi vult spirat" (27), el espíritu de Dios lleva la vida a donde quiere, está dentro de lo posible la vocación extraordinaria a los Saulos y Agustinos. Dios, en sus inescrutables designios, a pesar del ambiente desfavorable, de los planes terrenos y de las aspiraciones mundanas de muchos, les ilumina con los resplandores de la vocación sacerdotal y prende en el corazón, hasta entonces indiferente y frío, el fuego que había venido a traer sobre la tierra.

Estudiemos en concreto el caso de una vocación sacerdotal que se presenta en el seno de las filas universitarias. Siendo un pro-

(25).—Rom. XII. 1.

(26).—F. A. Vuillemet, "Los sofismas de la juventud", Bs. As. 1941. p. 120.

(27).—Ioan. III. 8.

blema de graves consecuencias y que ha de influir decisivamente en el transcurso de la vida, lo primero que se requiere, antes de proceder a ulteriores decisiones, es estudiar el caso detenidamente. Y como en materia espiritual el llamado a dar un consejo acertado es el sacerdote, manifiesto es que se ha de recurrir a él en busca de luz, aliento y dirección. "Si es verdad que en todo negocio de importancia se debe pedir consejo a una persona prudente y que nadie ha de ser juez en causa propia, lo es mucho más cuando se trata de decidir un asunto tan importante y a veces tan complicado como la elección de estado. No es raro que las señales de vocación sean sutiles y requieran un ojo experimentado". (28)

Si siempre se procediese con circunspección y madurez, no sólo cuando se trata de tomar el estado sacerdotal sino también los otros estados, por cierto, no encontraríamos tantos infelices en el camino de la vida. Y lo mismo se diga en cuanto a la elección de carrera. Un porcentaje elevado de fracasos y desengaños entre estudiantes de las distintas Facultades e Institutos Superiores se debe precisamente a que el joven en aquel lustro decisivo de su existencia, entre los quince y los veinte años, en aquella hora solemne y grave en que escoje la ruta de vida, no entra dentro de sí mismo y con criterio imparcial y sereno no medita en sus inclinaciones y aptitudes, en el móvil de sus aspiraciones y deseos, no consulta todo ello con una persona capaz y prudente. Muchos, prescindiendo de todos estos aspectos, eligieron su carrera guiados nada más que por un espíritu mercantilista, o por influencias ajenas a su verdadera inclinación, o por motivos vanos, sin fundamento. Y el resultado aparece con el correr de los años: profesionales mediocres, sin amor a su carrera, ni espíritu de investigación, ni dedicación a su profesión. Y esto en el caso de que logren terminar sus estudios. Considero bastante oportuno y hasta necesario que los jóvenes, antes de elegir estado o profesión, se recojan y mediten en espíritu y en verdad el problema de su vida. Y seguro estoy que más de uno conocerá su verdadera vocación y se encontrará que tenía en la frente la señal de los ungidos

(28).— "Reglas prácticas acerca de la dirección de los jóvenes". L. Caprón. C. S. R. Santiago 1908, p. 490.

del Señor, ya que una cosa es tener vocación sacerdotal y otra conocerla...

Estudiar, pues, su vocación con un director experimentado es el primer paso que conviene dar en asunto tan delicado. Y, mientras tanto, no dar a conocer ninguna resolución ni consultar el asunto con otras personas, hasta estar convencido del llamamiento de Dios y bien resuelto a seguir su vocación, cueste lo que costare. La razón es patente. Los allegados que no han sido iluminados con luz de cielo y caridad sobrenatural, juzgarán el propósito del futuro levita con ligereza, manifestarán sorpresa mezclada con una especie de conmiseración y lástima, y tratarán con especiosos argumentos de disuadir eso que llaman misticismos incomprensibles y extravagantes rarezas. De donde se sigue que el daño de no haber sabido ocultar una naciente vocación es muy grande, pudiendo quedar anulada en su germen.

Enrique Lacordaire, joven abogado de París, de carrera brillante y porvenir risueño, espíritu selecto pero incrédulo y que cuando la luz de la fe brilló de nuevo en su inteligencia conoció su verdadera vocación, al anunciar su entrada en San Sulpicio, escribía: "He mirado en torno mío, he descendido a las profundidades de mi alma y he visto que ningún bien me retenía en medio del torbellino de los negocios humanos; he sentido que soy extraño a ese cúmulo de goces y de miserias que constituyen la felicidad humana... y seguro de que me habías de vituperar, prefería sostenerme de pedir un parecer que no estaba dispuesto a seguir..." (29)

Una vez cerciorado de la veracidad y sinceridad de su vocación, el joven afortunado con esa señal de especial predilección, debe darse cuenta y apreciar debidamente la joya de inestimable valor que tiene entre manos. ¡Ser sacerdote! ¡Cuánta honra implica y qué de obligaciones entraña! No es mi intención ni el tema de mi conferencia hacer una apología del sacerdocio católico, por lo que me limitaré a decir con un Padre de la Iglesia: "que la grandeza del sacerdote es superior al alcance del espíritu humano y está por encima de toda alabanza". (30)

(29).—Lacordaire, Obras, t. XXI, p. 52, t. XX, p. 22. Madrid 1929.

(30).—S. Efrén, citado por Beringer T. IX, p. 278.

Es por esto que el Poverello de Asís protestaba que si en el camino de su vida encontrase a un ángel y a un sacerdote, más reverencia y acatamiento le haría a éste que a aquél.

La gracia de la vocación sacerdotal es un don y un honor, pero que lleva consigo graves responsabilidades. Y la primera de todas ellas es la de seguir la vocación, de corresponder a la gracia que solicita. La vocación al sacerdocio es un don de Dios y como tal puede perderse, es una gracia de las más excelentes, y por serlo, es también de las más delicadas. Y aquí surge espontáneamente una pregunta. ¿Hay obligación de seguir la vocación? Hemos dicho anteriormente que vocación es un llamamiento o invitación que Dios hace. El que no corresponde, por consiguiente, a su vocación se opone al llamamiento de Dios y pretende perturbar el orden establecido por la Providencia. Abusa, además, de una gracia con la que hubiera podido dar mucha gloria a Dios y honra a la Iglesia. Y si en el Evangelio leemos que al que se le dió mucho, mucho también se le exigirá, la responsabilidad del infiel a su vocación será enorme. Calculad el número de almas que hubiesen permanecido en las tinieblas del error o del pecado, si aquel ilustre universitario de la Sorbona, Francisco Javier, no hubiese sido fiel a la gracia y a ese impulso arcano del corazón suscitado por la santa vida y los saludables consejos de su no menos ilustre compañero de estudios, Ignacio de Loyola!...

Contestando directamente diremos con S. Alfonso de Liguorio, Doctor de la Iglesia: "No seguir la vocación cuando nos sentimos llamados a un estado de vida superior, no es delinquir gravemente, porque los consejos y la invitación de Cristo no obligan por su naturaleza bajo tal pena. Sin embargo, supuestos los peligros a que nos exponemos y el riesgo de perdernos, difícilmente se podrá decir que tal proceder está libre de falta". (31)

Con mucha razón el grande Pontífice Pío XI escribía: "Una larga y dolorosa experiencia enseña que, una vocación traicionada, y no se tenga por demasiado severa esta palabra, viene a ser una fuente de lágrimas... y quiera Dios que tales lágrimas, no sean tan tardías que se conviertan en lágrimas eternas... (32)

(31).—Theol. mor. T. 5. Nº 78.

(32).—Enc. "Ad Catholici sacerdotii".

Con todo, en el caso de un estudiante de estudios superiores, no puede negarse, hay, a veces, notables dificultades y graves obstáculos que es preciso resolver y superar. Así por ejemplo, ¿conviene esperar la terminación de la carrera para ingresar al Seminario o al noviciado de alguna Orden o Congregación religiosa...?

Sin tratar de resolver el asunto de una manera absoluta y universal, puesto que su acertada resolución dependerá en muchos casos de un complejo de circunstancias personales que será preciso estudiarlas particularmente, podríamos distinguir dos grupos de jóvenes de estudios superiores. Los primeros serán aquellos que recién comienzan la carrera y tienen varios años por delante hasta que puedan llegar a la meta deseada. Estos, si después de un razonable examen de su inclinación al sacerdocio persisten en su propósito, deben ponerlo inmediatamente en práctica, a no ser que circunstancias especialísimas indiquen un aplazamiento temporal. Y la razón es, que en la mayoría de los casos no se tratará de un evidente y muy especial llamamiento de Dios, sino de una ilustración superior más o menos pasajera; Dios dará sus luces para conocer la vocación, pero estas luces serán muchas veces "como un relámpago que ilumina de vez en cuando la obscuridad de la noche tormentosa" y por eso mismo, es preciso corresponder a ellas con prontitud y fidelidad, sin que precedan extraordinarias deliberaciones o se haga una consulta de teólogos.

El segundo grupo lo constituyen aquellos que ya están por alcanzar el coronamiento de sus esfuerzos y aspiraciones, y el Señor se ha dignado llamarlos en esos momentos, a su servicio inmediato, en un estado de mayor perfección. En estas circunstancias el caso reviste, a mi modo de ver, un aspecto diferente que para los primeros. Como se trata de un hombre formado ya, con mayor experiencia de la vida, para quien haber escuchado el llamamiento de la gracia y haberse resuelto generosamente a seguirlo habrá significado un vencimiento propio no común y una fe arraigada y profunda, la vocación de Dios habrá dejado huellas más hondas y, en el esperar la terminación de la carrera, no habrá mayor peligro de infidelidad a su vocación. Creo, pues, que la gloria de Dios y el bien de la Iglesia serán debidamente atendidos si, ya como profesional ingresa en el nuevo sendero de su vida. Su anterior carrera debidamente completada y legalizada le servirá como

un poderoso instrumento de fecundo apostolado y el prestigio y ascendiente del clero aumentará, fundamentando a los ojos de muchos el respeto y veneración que se merece. Un profesional competente, después sacerdote de Cristo, será, sin duda alguna, un apóstol de la verdad y del bien.

En nuestros tiempos es notable el caso, entre otros, de aquel médico socialista y descreído que, una vez convertido y hecho sacerdote franciscano, es el P. Agustín Gemelli, de renombre mundial, Presidente actual de la Academia Pontificia de Ciencias y Rector de la Universidad Católica de Milán.

Para el que deja una carrera casi concluída o ya terminada, el sacrificio que hace, sin duda, reviste un carácter más grave, porque si siempre es duro cambiar el género de vida al que se ha estado acostumbrado, máxime si se ha alcanzado una holgada posición a costa de muchos trabajos, esfuerzos y sacrificios, en nuestro caso equivale a abandonar un porvenir asegurado y a sacrificar el fruto cuando ya estaba en sazón y se vislumbraba el premio. Empero, si se considera todo ello a la luz de la fe, bajo la visión sobrenatural de las cosas, bien vale la pena dejarlo todo y sacrificar eso y mucho más, por seguir a Cristo y su llamamiento, ascender a la altísima dignidad del sacerdocio, asegurar su porvenir eterno y ser del número de aquellos a quienes dijo el Salvador: "cualquiera que deje su casa o hermanos, o padre o madre, heredades y bienes por causa de mi nombre, recibirá el ciento por uno y después la vida eterna!". (33) La gente del mundo no concibe el sacrificio de los afectos más íntimos, los recuerdos más dulces, las más halagüeñas esperanzas, y cree que el sacrificio de una carrera brillante o de la juventud lozana, está reservado únicamente para aquellos a quienes no ha sonreído ni la vida ni el amor; se conmueven y espantan ante el renunciamiento de todo placer terreno y satisfacción mundana, pero nosotros podríamos muy bien decir con el Doctor Melifluo: "Crucem vident, unctionem non vident", ven la cruz del sacrificio y del renunciamiento, mas no ven ni experimentan la unción que la acompaña y la gracia del cielo, y se olvidan que Dios no se deja ganar en generosidad por nadie, confirmando la grata realidad aquellas palabras del Real Salmis-

(33).—Matth. XIX, 29.

ta: "Más vale, Señor, estar un día en los atrios de tu Templo, que millares fuera de ellos!" (34)

Otro aspecto digno de estudiarse es el referente a los padres y a la familia en general, ya que en ciertas ocasiones, la posición del llamado a seguir a Cristo es embarazosa y delicada con respecto a ellos, tanto más, cuanto que éstos, no pocas veces, con aparentes razones y pretextos, tratan de apartar a sus hijos de seguir la voz de Dios. Es doctrina del Angélico (35), confirmada por la experiencia, que los padres en el asunto de la vocación de sus hijos suelen ser malos consejeros. Los derechos de los padres sobre sus hijos son grandes y sagrados, pero con ser tales, tienen su límite y éste es el derecho de Dios que está sobre ellos, y si el Señor quiere el sacrificio de un hijo para sí, es de padres cristianos entregar generosamente la ofrenda, con rendida gratitud y acción de gracias por la inmerecida distinción que ello representa. Mas, desgraciadamente, se dan casos en los que, apenas en un hogar que se dice cristiano, un miembro de la familia manifiesta su resolución de ingresar al servicio de Dios, cuando se levanta un clamor de protesta y casi de indignación, no perdonando fatiga alguna y empleando una inusitada elocuencia, un torrente de palabras en un desierto de ideas, para convencer y persuadir al que en mala hora manifestó su deseo de hacerse religioso o sacerdote, cumpliéndose de esta manera aquellas aleccionadoras palabras del Maestro: "los enemigos del hombre serán las personas de su propia casa". (36).

Considero que es esta una de las más grandes pruebas que pueda tener una vocación sacerdotal o religiosa. Su peligro será mayor si el que la experimenta todavía no tiene el debido criterio para discernir entre Dios y los suyos y saberse mantener firme contra la oposición de personas tan caras a su corazón. De modo que si el así tan fuertemente probado no medita, no ora y tiene presente aquello del Evangelio: "el que ama a su padre o su madre más que a mí, no es digno de mí" (37), sucumbirá en la prueba y abandonará por un falso amor filial y una cobarde debilidad la sublime vocación de gloria a la que estaba llamado.

(34).—Sal. 83. 11.

(35).—Opusc. 17. c. 9.

(36).—Matth. X. 36.

(37).—Matth. X. 37.

Para algunos, el problema de la vocación sacerdotal será, más que otra cosa, un problema de energía. Muchos son los llamados al sacerdocio, pero la pusilanimidad, la indecisión y el apocamiento en corresponder a la gracia y la falta de una resolución varonil y enérgica para librarse de ciertas trabas domésticas o de diversa índole, hacen que en realidad pocos sean los escogidos.

Sin embargo hay deberes ineludibles que obligarán en un caso raro a aplazar temporalmente el poner en práctica la vocación. Por ejemplo si el padre anciano o la madre viuda no tienen otro amparo en la tierra ni otro sostén en su vejez que el hijo único de quien todo lo reciben y esperan. Estos casos y otros semejantes son un impedimento legítimo ya que las obligaciones de ley natural priman sobre los consejos y la vocación de perfección no absolutamente necesaria. Dios que así ha dispuesto las cosas se contentará con el buen deseo, o después de la prueba dispondrá los acontecimientos a satisfacción de todos.

Ojalá vaya cambiando el ambiente familiar y la conducta de los padres a este respecto. Dar sus hijos a Dios es cristianismo verdadero y sentido, es la prueba máxima de amor para Jesús, pues, si El dijo que la señal suprema de caridad era dar la vida por sus amigos, los padres que con generosidad dan sus hijos a Dios, le dan también su vida y su sangre, ya que sus hijos son vida de su corazón y alma de su alma. Las clases directoras de la sociedad deben tener esto presente, porque en ellas se nota un marcado y funesto desvío a esta clase de generosidades. "Todas las clases sociales están invitadas al honor de servir a Jesucristo y de extender su reinado. Todas las condiciones de cuna, de educación, de fortuna; todas las noblezas, de corazón o de nombre, tienen su lugar señalado en la milicia sacerdotal" . . . (38)

Un interesante problema, al menos en las vocaciones no decididamente orientadas por una fuerte inclinación a determinada Orden o Congregación, o por un muy especial atractivo hacia el clero diocesano, es el problema, que hoy sobre todo, se presenta a muchos de escoger entre sacerdote religioso o secular.

Sin entrar en discusión teológica o ascética para discernir sobre la mayor perfección de estado en sí y como tal, es decir, si la

(38).—Beringer T. IX, p. 285.

mayor dignidad y excelencia corresponde al sacerdote secular o religioso, materia dilucidada con grande autoridad en la importante Revista "Razón y Fe" (39), a propósito del libro titulado "Vida interior" del Cardenal Mercier, es menester para orientar a un individuo, descender a la consideración de las aptitudes personales y a las señales más o menos sutiles que puedan presentarse a favor de uno y otro estado. Por eso y en concreto, para cada uno es mejor aquel estado que más cuadra con las manifestaciones de la gracia en su alma y con su índole natural, con los designios de la Providencia conocidos por sus aptitudes, por las circunstancias extrínsecas, a veces, prácticamente inmodificables y condicionantes de la elección. (40)

Puede darse el caso que las razones que impulsen a abrazar uno u otro estado sean de orden temporal y transitorio, pero, que basten para decidir a un individuo en su elección. Así, el Sr. Manuel Aparisi, Presidente Nacional de la Juventud Católica de España durante los últimos siete años, espíritu selecto y eminentemente apostólico, que ha dejado 100.000 jóvenes católicos admirablemente organizados, al despedirse de sus compañeros les decía estas palabras que bien pudieran también aplicarse al Perú: "Me voy al Seminario, porque sin sacerdotes no hay cristiandad. Salgo de entre vosotros y me hago sacerdote secular porque, aun admirando la formidable labor de las Ordenes religiosas, siento en lo más hondo del alma que la necesidad urgente, apremiante e inaplazable en nuestra Nación, es la del clero secular diocesano".

En cambio, al mismo tiempo, otros, como el Sr. Manuel Ubeda, Decano del Consejo Superior, Doctor en Medicina y ex Presidente de la Confederación Nacional de estudiantes católicos, tomaba en Salamanca el hábito dominicano, y con él, otros cinco jóvenes de Madrid y dos de Béjar, sin duda, porque querían hallar en la completa inmolación de sí mismos, el entero holocausto para más fácilmente santificarse, más eficazmente trabajar en el apostolado y ser una predicación viviente para la redención de muchos. . .

Quiera Dios que estos ejemplos y muchos otros que hemos vis-

(39).—Julio-agosto, 1941.

(40).—"Razón y Fe", julio-agosto, 1941, p. 222.

to en nuestra Patria y, felizmente, seguimos viendo, se multipliquen y aumenten más y más, y que brille la estrella luminosa de la vocación sacerdotal en la frente de numerosos jóvenes universitarios, iluminando un nuevo y glorioso camino en su vida. Los que un día lo fuimos, decimos con entusiasmo y felicidad en el alma: "In nomine Domini huc accedite" (41), en el nombre del Señor acercaos, ingresad en nuestras filas, seguros de que cumpliréis la misión grande que Dios os ha confiado y la Iglesia y la Patria esperan de vosotros. Y estamos ciertos que nuestra invitación hallará eco en el corazón generoso, pero aún vacilante, de más de un escogido...

De igual modo, bendiga el cielo ampliamente a nuestra Universidad Católica, la que ha contribuido a la formación de una nueva mentalidad ética y religiosa en nuestros jóvenes y está llamada a desempeñar una gran influencia religioso-cultural en nuestro País. Y, finalmente, oremos para que el movimiento salvador que se ha iniciado en nuestra Patria en favor de las vocaciones sacerdotales, tengan el más cumplido éxito. El día que en nuestro suelo, este inicial impulso despertado pocos años ha, se convierta en una corriente avasalladora, en una Pentecostés de gloria, como en la Madre Patria, por ejemplo, donde en los dos últimos años la A. C. solamente ha dado más de mil vocaciones eclesiásticas y religiosas, entonces, podemos confiadamente esperar días de ventura, prosperidad y plena bonanza para la Iglesia Peruana. Entonces, su ilustre y gloriosa tradición se verá continuada y el suelo de Rosa de Santa María, de Francisco Solano y Martín de Porres y otros mil, verá reverdecer de nuevo el árbol de la santidad, y esa pléyade de santos y sabios sacerdotes que, desde Toribio Alfonso Mogrovejo hasta las figuras más conspicuas del siglo pasado, como los Luna Pizarro, Herrera, Huerta, Tovar, Roca y Boloña y tantos otros de nuestros días, que sería largo y superfluo enumerar, será emulada por nuevos valores morales e intelectuales que brillarán con fulgores de virtud y ciencia en el cielo de la Iglesia del Perú.

Fr. Juan LANDAZURI RICKETTS.

(41).—Pontifical Romano.